

HENNEO MEDIA S.A.

Presidente: Fernando de Yarza López-Madrado
Vicepresidente: Íñigo de Yarza López-Madrado
Director General: Carlos Núñez Murias
Director de Medios: Miguel Ángel Liso Tejada

HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S.L.U.

Presidenta: Paloma de Yarza López-Madrado
Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
Director del Negocio Prensa: Ignacio Martínez de Alborno
Gerente de Medios Regionales: Eliseo Lafuente Molinero

Director: Miguel Iturbe Mach

Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirectora de Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor-Jefe de Organización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección

para Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes. Economía: Luis H. Menéndez. Municipal: Manuel López. Digital: Nuria Casas. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

LA FIRMA | Por Francisco Marco Simón

La huella de Delfos en Graus

En la basílica de la Virgen de la Peña, en Graus, pueden leerse, pintadas en los capiteles del claustro del hospital de peregrinos, las máximas más significativas del antiguo santuario pagano de Delfos, que tuvo una gran influencia en el mundo griego

Delfos es el principal centro religioso de Grecia ya desde el siglo VII a. C. En él se llevaban a cabo consultas oraculares a Apolo, cuyas respuestas hacía llegar la Pitonisa (Pythia) en un estado de trance provocado quizás por los vapores surgidos desde una falla sobre la que estaba construido el templo, aunque lo más probable es que fuera la posesión por la divinidad lo que le provocara el éxtasis. En el oráculo delfico se hacían preguntas personales o políticas por parte de particulares o de magistrados representantes de las diversas ciudades-estado. Apolo, dios oracular, era al mismo tiempo el dios de la purificación. Él mismo hubo de purificarse tras dar muerte a la gran serpiente Python (Pytho es el nombre antiguo de Delfos), manifestación animal de la diosa señora del santuario en épocas anteriores, quizás Gea. Situado bajo el monte Parnaso, sede de las Musas, el santuario encauzó un legalismo que exigía pureza ritual e incluso moral. Por ello, los intentos de llevar a cabo legislaciones o reformas en una época de crisis tuvieron que buscar la sanción de Delfos. También la introducción de nuevos cultos y rituales, las fundaciones coloniales o incluso la regulación del calendario.

Desde ese centro religioso esencial en el mundo griego, considerado ombligo y centro de la tierra, se difundió una ideología de la moderación que procuraba mantener el orden en una época turbulenta: se buscaba evitar la desmesura –de ahí la postura contraria a los regímenes tiránicos– y encauzar el desasosiego y las tensiones existentes. Pues bien, esa ideología se transmite a través de una serie de principios, algunos de los cuales estaban esculpidos en el propio templo de Apolo. Ante todo se trataba de evitar que el hombre incurriera en una situación de ‘hybris’ (insolencia, orgullo excesivo) que pudiera acarrear la venganza de los dioses (‘némesis’).

Los padres fundadores de la constitución norteamericana llevaron a cabo a fines del siglo XVIII unos debates que demuestran hasta qué punto hacían uso de un amplio conocimiento del pasado grecorromano por considerarlo un referente en la construcción de la identidad de los nacientes Estados Unidos. Y sin duda la ‘anfictionía’ delfica, es decir, la liga en torno al santuario de



POL

Delfos, fue el modelo federal que disfrutó de mayor éxito.

Sirva lo anterior para contextualizar un caso mucho más próximo a nosotros sobre la influencia de Delfos. En una reciente visita a la Basílica renacentista de la Virgen de la Peña en Graus, levantada sobre un edificio románico previo, observé con sorpresa que en los capiteles interiores del bello claustro-mirador del hospital de peregrinos, datable a fines del siglo XVI, estaban pintadas, además de textos en griego de la epístola de Pablo a los Colosenses (así, «Buscad lo de arriba»), las máximas más importantes de Delfos: ‘Gnóthi seautón’, «conócete a ti mismo» (es decir, sabe que eres hombre, que tienes una condición limitada y que tienes que someterse a los dioses); ‘Medén ágan’, «nada en exceso»; ‘Sophrónei’, «sé prudente»... No extraña la yuxtaposición en los capiteles de ambos mensajes, el paulino y el delfico: en dicha carta Pablo alude al «conocimiento del misterio de Dios, Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Colos. 2, 3; trad. Cantera & Iglesias).

«Desde Delfos se difundió una ideología de la moderación que procuraba mantener el orden en una época turbulenta: se buscaba evitar la desmesura»

La presencia sorprendente de Delfos en Graus puede explicarse atendiendo, por un lado, a la influencia que las imágenes de Apolo, dios de la luz, tienen –además de las de Orfeo– en las más antiguas representaciones de Cristo; y, por otro, a la importancia de aquel foco esencial de la sabiduría antigua en el humanismo renacentista: baste pensar en los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, donde se representó a la Sibila delfica, junto a otras paganas y profetas del Antiguo Testamento, tras desenrollar el texto que anunciaba el nacimiento de Cristo. La propia imagen de éste en el Juicio Final seguiría, en opinión de algunos autores, el modelo del Apolo de Belvedere, copia romana del siglo II de un original griego anterior.

El testimonio de Delfos en Graus es un ejemplo muy atractivo para ilustrar la recepción de elementos clásicos característicos de un sistema religioso politeísta en otro sistema monoteísta cristiano y en un contexto de humanismo renacentista. En todo caso, y sin entrar en las posibles vías de esa transmisión, el cercano monasterio budista de Panillo ayuda a completar un horizonte de sorprendente apertura religiosa para la villa ribagorzana.

Francisco Marco Simón es catedrático de Historia Antigua, profesor emérito de la Universidad de Zaragoza y miembro de Apeuz

EN NOMBRE PROPIO

Alicia Asín

Quince minutos

La ciudad de quince minutos es un nuevo concepto urbanístico difícil de definir con consenso. La idea básica es la de crear vecindarios en los que sus habitantes puedan encontrar todo lo que necesitan en un paseo de quince minutos. La discusión viene cuando toca definir si esos quince minutos deben ser andando o en bici –para los más puristas– o en vehículos eléctricos, públicos o privados –para los más realistas–. Más allá de definir la superficie a cubrir, supone un cambio de paradigma en el diseño de las ciudades donde la movilidad cede paso al acceso. El foco ya no está en vertebrar toda la ciudad, sino en hacer que la mayoría de esos desplazamientos resulten innecesarios con un diseño totalmente descentralizado.

En nuestra cultura de inmediatez y sostenibilidad esta idea está ganando tanto adeptos por todo el planeta como detractores que se preguntan cómo distribuir servicios públicos en zonas de diferente densidad de población sin perder eficiencia; si la zona en la que uno vive puede convertirse en un limitador salarial por encima incluso de su puesto de trabajo. Y si esta idea de verdad haría ciudades más inclusivas o generaría más desigualdad. Yo lo que me pregunto es si este concepto de cercanía ha tenido en cuenta a las plataformas tecnológicas, porque tras más de un año de teletrabajo para muchos y acostumbrándonos, por necesidad o comodidad, a conseguirlo todo a golpe de clic, parece que a donde de verdad nos dirigimos no es a consumir localmente, sino al ‘recibir en 15 minutos’.

Alicia Asín es cofundadora de Libelium

Rosa Palo

Ex

La última vez que tuve un ex acabamos repartiéndonos la ciudad. Lo hicimos porque no vivimos en Madrid, ese reino mágico donde «puedes cambiar de pareja y no volver a encontrarla nunca más». Nosotros, periféricos perdidos, no tuvimos más remedio que coger un plano y trazar líneas divisorias, como si fuéramos potencias europeas en la Conferencia de Berlín. Fue una negociación dura pero, al final, gané: aunque me quedé sin el bar donde hacían las mejores bravas, los museos y las tiendas de ropa fueron para mí. De aquella relación salí más culta y mejor vestida.

Como todas las historias que terminan en catástrofe, la cosa empezó con cervezas a morro. Poco después de acabar los fuegos artificiales, comenzaron a molestarme su

respiración de locomotora vieja y su discurso apocalíptico y desintegrado. No quería volver a verlo; por eso solo me atrevía a hacer incursiones en su territorio armada hasta los dientes con maquillaje, tacones y un chulazo colgando del brazo. Aquel día, en cambio, no tenía ninguna de las tres cosas, y sí un antojo violento e insaciable de comerme unas patatas bravas. Crucé la frontera y me metí en aquel bar que había sido nuestro y, ahora, era suyo. Lo vi nada más entrar; él también me vio. Me miró con cara de qué haces aquí, le dije un tímido hola, qué tal, y me fui corriendo, avergonzada y con hambre. Desde entonces, respeto escrupulosamente los términos de nuestro acuerdo. Pero él no: esta mañana, en el desayuno, me lo he encontrado al abrir la caja de cereales. Ahí estaba el tío, sentado sobre un copo de avena. La he cerrado rápidamente y me he hecho unas tostadas. Mañana agarro la caja y me voy a Madrid.